

hasta puedo afirmar que, de permitírsele la premura de los brevísimos días que pasaba en París (teniendo que concurrir a los agasajos que se le hicieron), le hubiera dedicado parte de su infatigable entusiasmo. Hube de conformarme con su declaración—y es bastante por cierto—de hallarse dispuesto a concurrir a la reunión, si por ventura llegase a realizarse (oh esperanza de poder convocarla un día en esa encantadora Habana!... Y, a propósito: Unamuno me dijo que tal vez sería esa la sede más conveniente.

Después—y esta vez por Ventura—supe que Lugones se encontraba en el Hotel Regina. Con el recio publicista bonaerense pude hablar una hora larga. Venía de Ginebra, donde trabaja en la oficina de cooperación intelectual creada por la Liga. Y, es curioso: este conspicuo miembro de un instituto formado—formado al parecer—para fomentar la mejor inteligencia entre todos los pueblos de la tierra, se mostró, si no por completo, casi del todo escéptico en cuanto a la idea de una posible *organización hacia la práctica* del «pensamiento hispano americano» cuya existencia o por lo menos cuya eficacia él pone en duda... Sin embargo, al final de nuestra charla quedaron resueltas las objeciones que él puso al proyecto, si bien desde ahora puede adelantarse que su actitud sería negativa en el congreso. De todos modos—y él lo reconoció—sus opiniones serían muy interesantes por el hecho mismo de contrastar con el entusiasmo, a veces demasiado lírico y retórico, de los panhispanistas, que—desgraciadamente—no suelen curarse tanto de la realidad como de las palabras.

Reconociendo, como no podía menos de hacerlo un argentino, la gran trascendencia americana del proyecto, Lugones percibió muy bien todo lo que significaría para la vida espiritual del Continente y las orientaciones de su civilización, la realización de ese proyecto. No se necesita, en verdad, gran perspicacia para comprender cómo puede seducir, a un hombre como Lugones, la idea de sentirse convertido un día en el centro de atención de todos los seres pensantes de nuestra América... Indudablemente, si no por otras razones de ideal americanidad—pues Lugones parece cultivar cierta ideología euro-peista—por la sola idea de verse elevado a una tribuna continental, el interés del publicista quedó comprometido; ¿quién, en verdad, puede adivinar las consecuencias ideológicas de conferencias semejantes?... En cuanto a esto, Francisco García Calderón, mi egregio compatriota, me demostró hallarse poseído de su serena fe y su generoso entusiasmo de siempre.

Fuí a buscarle en su refugio de verano, una amplia playa atlántica al sud oeste de Francia. Le encontré juvenil y locuaz.

El autor de *La creación de un continente* no podía sino acoger con entusiasmo nuestra idea. No en vano es él quien—después de Rodó—con mayor sagacidad y más intenso amor ha estudiado y comprendido las posibilidades de nuestra vida. Es inútil decirle que me ofreció su apoyo, encontrando solo, como Unamuno y Ortega, las dificultades de la organización. Tócanos, pues, a nosotros insistir en la búsqueda de ese *organizador* o *vivificador* que, según don Miguel, le hace falta a cada idea.

Por mi parte creo que tal organización no puede ser la obra de un solo hombre, y por esto me parece conveniente poner la iniciativa en manos de una de esas instituciones (no oficiales) de cultura que en nuestros países existen y no pueden tener mejor misión que la de intentar la *vertebralización*—por decirlo así—de nuestra rudimentaria espiritualidad, tan débilmente caracterizada aún, como Ud. sabe,

Y hay que ir de prisa, si no queremos que nuestra tradicional lentitud de indo-americanos dé al traste, una vez más, con una bella iniciativa. Ya la Liga de las Na-

ciones, con sus proyectos, algo abstractos, de *cooperación intelectual*, está empezando a desvirtuar la idea de una más íntima coherencia moral e intelectual entre nuestros pueblos.

En Francia se ha lanzado hace pocos días, siguiendo esa tendencia, la idea de crear un *instituto de cooperación intelectual*, no sin declarar francamente la *necesaria preponderancia del iniciador* en la formación y régimen de la institución. Tenemos, pues, la *idea francesa*, que viene a ser algo así como una segunda edición de la *idea panamericana*, para hablar más propiamente, de la *idea pan-yankee*.

Tenemos, además la creciente influencia y la paulatina organización, *pro domo sua* de todas las colonias extranjeras. Si antes, hace unos quince años, nos era fácil incorporar a nuestro desarrollo original y autóctono todas las fuerzas vivas que nos venían de fuera, esto va a empezar a sernos más difícil, si es que ya no ha empezado a serlo. Ante la persistente intromisión, más o menos disimulada, de los europeos y norteamericanos en nuestros asuntos, está cundiendo entre nosotros un nuevo desconcierto. El bárbaro proscenio que nos ofreció como espectáculo la crisis bélica de los imperialismos de Europa, no ha contribuido a forjarnos un verdadero ideal de cultura original e independiente. No hemos acertado aún a definir limpiamente nuestras nuevas orientaciones como grupos de pueblos que se reconocen ligados por inalienables lazos fraternales; y si tardamos aún algunos años en intentarlo, tal vez después todo esfuerzo en ese sentido resultará tardío.

Abandonando los chauvinismos de todo vano patriotismo regional, marchemos hacia la formación del magno patriotismo del Continente y, ante el caos de los pugna-ces nacionalismos europeos, que sobrepuja y subyuga el imperialismo *yankee*, mediante la trágica tiranía del *dollar*, realicemos nosotros el programa magnífico que bosquejara Próspero una tarde bajo la Cruz del Sur.

Es siempre su amigo,

EDWIN ELMORE.

In promptu dominical

Buen domingo de sol... Paz del potrero propicia al comentario. En la montaña, un azul que se extiende y se enmaraña en la fronda distante del sendero.

Tras del soto magnánimo, el austero peñasco que da sombra a una cabaña; y por el trillo, que de luz se baña, la huella milagrosa de un viajero.

Paz para hablarlo y olvidarlo todo; para sentirse en libertad a modo del viento, sin caminos y sin leyes.

Buen domingo de sol, ¡hay quien por otros goce tu campo y tu quietud: nosotros; y hay quien ore en tu altar: los mansos bueyes!

MANUEL SEGURA

San José de C. R.
noviembre de 1924.

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.